

**DE BUENAS LETRAS**  
**JOSÉ VICENTE PASCUAL**

De la Academia de Buenas Letras de Granada

## *Flamenco de verano*

---

**A** finales de agosto pasé unos días en Granada. Casi como de costumbre, me puse en contacto con el gran Jorge Fernández Bustos para que me recomendase algún espectáculo flamenco. Me dirigió, sabiamente como él es sabio, a la cueva 'La Comino', donde Manuel Heredia dejó constancia de su arte, su veteranía y el poder de ese duende que late siempre irresistible en voces como la suya. Le acompañaban al baile dos súbitos portentos: Luis de Luis y Vanesa Montero, entregado y templado él, delicadísima y expresiva ella; a la guitarra, que fue de pasión, lamento no recordar el nombre del virtuoso. Aparte del buen rato, hubo un par de detalles que ilus-

traron la velada y que me hicieron pensar, con lo que duele eso.

El primero, la exigua cantidad de público: diez personas. Tocábamos casi a un artista para cada dos aficionados. Me comentaron los empleados de la cueva que agosto es mal mes para el flamenco, «temporada baja»; sobreentendido el inconveniente que para estos locales y espectáculos supone la permanente oferta de «flamenco institucional», lecturas, recitales y conciertos de entrada libre, organizados por el ayuntamiento, la Junta de Andalucía y otros organismos oficiales. Y es esa cultura del todo gratis la que está haciendo daño al sector y al flamenco que sobrevive por sí mismo, sea

agosto, septiembre o el día del Pilar. Lo que nos lleva a la segunda escena pintoresca del día: dos turistas a la puerta del local, quejándose de que las entradas eran muy caras –les prometo que el precio resulta más que razonable–. Uno de ellos, el que estaba menos perjudicado por la sangría y la falta de siesta, insistía en que es posible encontrar flamenco gratis en muchos lugares, en cada esquina de la vieja Granada y allá donde se aposten cantantes callejeros, del estilo «Los Chunguitos de Badajoz» y parecidos. Total, que entre el regalo institucional y el arte espontáneo de la vía pública, cunde la impresión de que pagar por flamenco no es necesario ni mucho menos.

La gente convencida de que el arte tiene un precio suele desconocer que el precio son ellos mismos: lo que vale –y lo que cuesta– encontrar su convenio intelectual, espiritual y sentimental con los dos referentes eternos del arte: la verdad y la belleza. Y eso no tiene precio, ni mucho ni poco: no lo tiene. Si lo que quieren es diversión, entretenimiento..., ahí están la tele, las discotecas y las películas de terremotos; esas cosas sí tienen precio, precisamente porque, por lo general, valen muy poco.